

EL TORO

por
ERNESTO RAMOS



PAMILO se quedó mirando el pastizal y los toros; miraba una mancha verde y unos puntos negros. Sólo esto.

Pamilo estaba solo; su mujer, aterrorizada por los puntos negros había corrido hasta el otro lado de la cerca, y no quiso acompañarle más. Y por eso Pamilo quedó solo, abandonado en la mancha verde y ante los puntos negros. Y uno de estos cobró vida y se hizo toro-bestia, toro-fiera, toro-hiena, y braceando en lo verde encontró el vértigo de la velocidad; los cuernos cortaban el aire que bañaba a Pamilo. Pero Pamilo seguía mirando inmóvil los colores verde y negro.

"Mujer", dijo a su esposa, "soy un toro, un hermoso toro. ¿Verdad que mi cabeza es muy bella con los airosos cuernos, pelo de seda y los ojos relampagueantes? Mis pezuñas hendidas, mi pelambre de finos resplandores, y toda la estampa de mi gallardía es para envanecer a cualquiera. Tú eres mi esposa. No. Quizá ya no te gustará serlo. ¿O te agrada estar casada con un toro? ¡Contéstame! Oh, no es necesario que pongas el rostro compungido; comprendo perfectamente que no puede ser. Está bien, está bien; tú ya no serás mi esposa. Es obvio que un toro no debe dormir con una mujer, que no puede comer a la mesa y que no le admitirían en el ministerio para que desempeñase un puesto burocrático. ¡Vaya! Ni siquiera le dejarían transitar por el arroyo de las calles. Pero lo indiscutible es que yo soy un toro; lo deseé ardientemente

y me fue concedido; y estoy feliz de ser un toro. Y te confesaré algo: me sucede algo extraño; la cabeza me duele y me siento mareado. Quizá sean los cuernos; no lo sé con certeza, pero presumo que los cuernos no me sientan bien. Son demasiado grandes. Y tal vez no tan grandes, pues quisiera que se perdieran en el horizonte. Sería bueno esto. Y que no me doliera la cabeza. Y que no me sintiera mareado. Después de todo, mujer, es muy doloroso ser toro. . . .”

Y Pamilo escuchó que su esposa le decía: “Tú no eres toro, Pamilo; te falta la cola. Los toros tienen cola que mueven. . . .” Pero la mujer fue interrumpida por el grito alborozado de Pamilo: “¡También tengo cola! Una hermosa cola de crines azabache que aprendí a mover de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. . . .” “No Pamilo”, insistió su esposa con dulzura y energía en la voz. “Me ofendes”, susurró Pamilo, “tengo una cola que ahora no muevo porque no hay moscas en mi lomo; espera que se pose una y lo demostraré”. “Pero tú sabes hablar, Pamilo; y los toros no hablan: mugen.” La mujer se rió estruendosamente; su risa retumbó en las montañas que circundaban el pastizal. Pamilo bajó la testuz humillado, y a pesar de que podía hablar ya no quiso hacerlo. Calló durante mucho tiempo y su mujer reía constante, ruidosa e hirientemente. El dolor de cabeza y el mareo persistían. A veces Pamilo quería darle la razón a su mujer y deseaba posesionarse de la idea de que no era un toro; pero no lograba convencerse a sí mismo. Sí, allí miraba sus cuatro patas empuñadas, el robusto cuello, el testuz, el hocico húmedo y el lomo de fino pelaje; nunca le demostrarían lo contrario. Un toro siempre será un toro. Y Pamilo seguiría siendo un toro a pesar de la risa burlesca de su mujer, a pesar de que no pudiera lanzar al viento un sonoro mugido. La risa de su mujer. El dolor de cabeza. El mareo. “Así son las mujeres”, pensó Pamilo sin dejar de tener conciencia de su dolor de cabeza y el mareo. Y también pensó: “Ahora no debería estar con mi mujer; pero la verdad es que la quiero. Y es mejor seguir viviendo con ella y no tener que vagar por el campo en busca de una compañera. . . . ¡Este dolor de cabeza! Los cuernos no me sientan bien. Debo acostumbrarme. Me acostumbraré a todo. Sí a todo, menos a la maldita risa-llanto de mi esposa. Estremece los huesos. ¿Hasta cuando callará?”

Entre sollozos, la mujer explica:

—Fue un lamentable accidente. Mi marido no miró que un toro se le echaba encima. Dios míos. . . . Fue un lamentable accidente. . . .

El llanto no la dejaba explicar. El agente del ministerio público, inmune a las penas ajenas, siguió la pauta de su interrogatorio:

—¿Cuál es la profesión de su marido?

—Mi marido es poeta —respondió la mujer subrayando con su llanto.